

EL ENCUENTRO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS CON EL SULTÁN DE EGIPTO (1219) CLAVES FRANCISCANAS PARA LA RELACIÓN ENTRE CRISTIANOS Y MUSULMANES

EMILIO ROCHA GRANDE

RECIBIDO: 23/04/2023

ACEPTADO: 02/05/2023

RESUMEN:

En este artículo vamos a tener como telón de fondo únicamente el capítulo XVI, que trata sobre el modo en que los frailes han de relacionarse con los musulmanes (*sarracenos*) y con otros “*infieles*”; eso que, con una expresión inexistente en tiempos de san Francisco, hoy conocemos como “*diálogo interreligioso*”. Este capítulo no es fruto de una reflexión hecha ante la mesa de un despacho; estamos, de hecho, ante un texto legislativo vinculado a un acontecimiento sucedido en Egipto dos años antes de la redacción de la Regla.

PALABRAS CLAVE: Francisco, Sultán, Encuentro, Diálogo

ABSTRACT:

In this article we are going to have as a background only chapter XVI, which deals with the way in which the friars must relate to Muslims (Saracens) and other “infidels”; that which, with an expression that did not exist in the time of Saint Francis, today we know as “interreligious dialogue.” This chapter is not the result of a reflection made at an office table; We are, in fact, facing a legislative text linked to an event that occurred in Egypt two years before the drafting of the Rule.

KEYWORDS: Francis, Sultan, Meeting, Dialogue

* * *

“... Encontrarás que los más próximos al amor por los creyentes son aquellos que dicen: ‘En verdad, somos nazarenos’, porque entre ellos hay hombres entregados al estudio y monjes que no tienen ninguna soberbia...”.

(El Corán, sura 5: *La mesa repleta*, 82)

“Como seguidores de san Francisco y de los primeros misioneros de la Orden, sean sumamente solícitos los hermanos en vivir con humildad y gran entrega entre las gentes de la religión islámica, para quienes tampoco hay omnipotente sino Dios”.

(OFM CC.GG. 95,3)

“... Cualquier hermano que quiera ir entre sarracenos y otros infieles, vaya con la licencia de su ministro y siervo...Y los hermanos que van, pueden conducirse espiritualmente entre ellos de dos modos. Un modo consiste en que no entablen litigios ni contiendas, sino que estén sometidos a toda humana criatura por Dios y confiesen que son cristianos. El otro modo consiste en que, cuando vean que agrada al Señor, anuncien la palabra de Dios, para que crean en Dios omnipotente, Padre e Hijo y Espíritu Santo, creador de todas las cosas, y en el Hijo, redentor y salvador, y para que se bauticen y hagan cristianos, porque el que no vuelva a nacer del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (cf. Jn 3,5)”. (Rnb XVI)

Estas palabras se encuentran en la Regla para los hermanos menores, “*que el hermano Francisco pidió al señor papa se la concediera y confirmara; y él se la concedió y confirmó para sí y para sus hermanos, presentes y futuros*” (Rnb prólogo); conocida en la tradición franciscana como *Regla no bulada* o *Primera Regla*, constituye una novedosa “Forma de vida evangélica”, presentada por el Santo a sus hermanos en 1221; es un texto que dedica los capítulos XIV, XV y XVI a tratar sobre el modo como deben comportarse los frailes cuando van evangelizando itinerantes por pueblos y caminos, lo cual constituye una característica peculiar propia de las órdenes mendicantes medievales, que contrasta fuertemente con la estabilidad propia de las órdenes monásticas y es un signo evidente de la crisis global que atravesaba la “societas christiana” en tiempos del “Poverello”.

De hecho, en el siglo XII Europa estaba viviendo las postreras expresiones del régimen feudal estricto que por espacio de más de cuatro siglos había estructurado todo el entramado social, económico, político y también religioso del Viejo Continente. En el feudalismo, la base de la economía se encuentra en la agricultura y la ganadería; la mayoría de la población vive en zonas

rurales y encuentra la subsistencia y la seguridad en la subordinación a un “señor” cuyas tierras trabaja y a quien se vincula mediante un juramento de sumisión tanto económica como social. En este modelo de sociedad, arraigado sobre la propiedad de la tierra, es fundamental el concepto de estabilidad: nadie puede abandonar la tierra a la que está vinculado: ni el siervo tiene derecho a dejarla ni el señor tiene derecho a venderla o traspasarla a otras manos. Según este modelo se estructura también en la vida monástica; los monasterios, tanto masculinos como femeninos, se organizan internamente como feudos en los que la “*stabilitas loci*”, profesada como voto en la Regla de san Benito, es un elemento constitutivo fundamental y la figura del abad o abadesa mantiene las características propias del señor feudal en relación con los monjes y monjas, además de con los siervos que viven dentro de las tierras propiedad del monasterio.

A mediados del siglo XII este modelo social se desmorona progresivamente; se acentúa la migración interna, produciéndose un éxodo del campo a las ciudades; de manera progresiva, se desarrolla el mundo de los comerciantes, cuya necesidad esencial es la de circular libremente para ganarse la vida y enriquecerse; en este sentido las trabas impuestas por el régimen feudal, que mantiene una rígida estructura de portazgos y peajes para atravesar las tierras, son un grave impedimento para el desarrollo del comercio.

Cada vez con más frecuencia e intensidad, los mercaderes surcan Europa en todas direcciones, teniendo como punto de referencia las grandes ferias comerciales que comienzan a desarrollarse. Con ellos el estratificado mundo medieval entra en una crisis que se mostrará definitiva. Las personas y las mercancías circulan de un país a otro; las ideas también. Por todas partes comienza a soplar un espíritu nuevo. De una manera más o menos consciente se abre camino una nueva sociedad: urbana y con un modo muy distinto de estructurar las relaciones humanas. Como en otros momentos de la historia — también el actual —, no estamos sólo ante una época de cambios, sino ante un cambio de época.

Francisco de Asís, nacido en 1181 en el seno de una familia de ricos comerciantes, vive en primera persona el nacimiento de este nuevo tipo de sociedad. Así como el feudalismo estaba firmemente fundado sobre la servidumbre y sobre las rígidas relaciones “vasallo-señor”, el mundo de las ciudades, que comienza a desarrollarse en torno y a partir de las ferias textiles y ganaderas, rechaza este sistema de relaciones, que se manifiesta como un freno para la naciente economía de mercado y de libre circulación de personas y mercancías.

En este profundo cambio de modelo social encontramos una de las claves para comprender el florecimiento de la fraternidad franciscana y su rápido desarrollo; es una coyuntura histórica que, de alguna manera preparaba y, en cierta manera, exigía un nuevo modelo de vida consagrada, alejado de la estabilidad monástica y abierto a la itinerancia. La lectura del Evangelio que inspiró a Francisco de Asís, la hizo un hombre profundamente creyente, pero, como hijo también de su época, impulsado y sensibilizado por este contexto social en efervescencia.

Partiendo de la propia experiencia, madurada en su vida de comerciante en Asís y en su confrontación con el Evangelio, Francisco de Asís, en los capítulos XIV (*“Cómo deben ir los hermanos por el mundo”*), XV (*“Que los hermanos no cabalguen”*) y XVI (*“De los que van entre sarracenos y otros infieles”*) de la Regla no bulada, invita a los hermanos a ser, personal y comunitariamente, testigos audaces del Evangelio en un mundo en profunda transformación.

En este artículo vamos a tener como telón de fondo únicamente el capítulo XVI, que trata sobre el modo en que los frailes han de relacionarse con los musulmanes (*sarracenos*) y con otros *“infieles”*; eso que, con una expresión inexistente en tiempos de san Francisco, hoy conocemos como *“diálogo interreligioso”*. Este capítulo no es fruto de una reflexión hecha ante la mesa de un despacho; estamos, de hecho, ante un texto legislativo vinculado a un acontecimiento sucedido en Egipto dos años antes de la redacción de la Regla.

En junio de 1219, en el contexto de la Quinta Cruzada (1217-1221) convocada por el papa Inocencio III en 1215, durante el IV Concilio de Letrán y concretada por su sucesor Honorio III, san Francisco, tras haber intentado infructuosamente en dos ocasiones viajar a Tierra Santa, se embarca por fin en una nave que, transportando soldados y mercaderes, se dirige al puerto de san Juan de Acre, al norte de Palestina (la actual ciudad de Akkra en el estado de Israel); su objetivo es llegar a Jerusalén. Del viaje sabemos pocas cosas. San Buenaventura afirma que *“como el ardor de su caridad lo apremiaba insistentemente a la búsqueda del martirio, intentó aún por tercera vez marchar a tierra de infieles para propagar, con la efusión de su sangre, la fe en la Trinidad”* (LM IX,7).

El destino final de la nave fue Damietta, una ciudad situada en el Delta del Nilo y considerada por los cruzados como determinante para el acceso al Cairo. Acompaña al Santo fray Iluminado, llamado así porque se consideraba curado milagrosamente de la ceguera por Francisco. Los biógrafos no dedican mucho espacio al tiempo que los dos hermanos pasaron en el campamento

cruzado de Damietta; muy posiblemente encontraron allí a nobles y príncipes cristianos, además de al Legado pontificio, el español Pelagio Galván, hombre de temperamento fuerte y autoritario, que andaba en desacuerdo con Juan de Brienne, rey de Jerusalén desde 1210 hasta 1225 y otros jefes del ejército cruzado. El motivo de discrepancia era la propuesta presentada por el Sultán, de que los cristianos pusiesen fin a las hostilidades en Egipto a cambio de cederles el dominio de Jerusalén. El rey Juan era partidario de aceptar el acuerdo, pero el cardenal Pelagio tenía un parecer diametralmente opuesto: quiere seguir con la guerra para destruir definitivamente al ejército musulmán, cuyo núcleo se encuentra, según él, precisamente en Egipto, convencido además de que si los musulmanes proponen este acuerdo es porque se sienten incapaces de resistir al ejército cruzado que se esperaba llegase a Damietta a las órdenes del emperador Federico II.

El 29 de agosto de 1219 se produce un duro enfrentamiento entre los dos ejércitos, que se salda con un descalabro estrepitoso de las tropas cruzadas: más de seis mil cristianos mueren en la batalla. Después de esta derrota y de la victoria definitiva de los musulmanes en noviembre del mismo año, será cuando Francisco vaya al encuentro con el Sultán. A pesar de que los biógrafos no aportan muchos datos y de que tampoco contamos con textos musulmanes que describan el encuentro, sí tenemos algunos testimonios que avalan su historicidad y proceden de fuentes franciscanas y cruzadas, por ejemplo, los escritos del cardenal Jacobo de Vitry, presente en el campamento de Damietta en el momento en que se produjeron los hechos. Contamos también con una fuente árabe que confirma la presencia de un monje cristiano en la corte de Malik al-Kamil (1177-1238): el epígrafe de Fakhr ad-Din al-Farisi, consejero espiritual del sultán.

Al analizar el encuentro entre san Francisco y el Sultán, no podemos proyectar sobre él nuestra comprensión actual del diálogo interreligioso. Fr. Manuel Corullón, franciscano perteneciente a la Custodia Franciscana de Marruecos, profundo conocedor del Islam y de la espiritualidad franciscana, afirma lo siguiente en su obra *Francisco de Asís y el sultán* (Edit. Arantzazu, 2017, 121-122):

“Francisco no fue al sultán con el propósito de entablar diálogo, sino con el propósito, por una parte, de cumplir su misión de anunciar al sultán la paz evangélica, predicándole la conversión —la penitencia— al Evangelio de Jesucristo, y, por otra, con la esperanza de recibir del sultán la gracia del martirio, que Francisco consideraba como el cumplimiento perfecto de la “seuela Christi”. Se trata, por tanto, de un viaje “misionero” en el sentido más clásico del término.

El encuentro entre ambos es sorprendente, tanto por lo novedoso como por el resultado obtenido. Sabemos que el sultán de Egipto acogió a Francisco de Asís y lo dejó regresar sano y salvo al campamento cruzado, lo cual es ya un hecho absolutamente sorprendente, teniendo en cuenta el ambiente de hostilidad existente entre musulmanes y cristianos. Por otra parte, las principales fuentes de aquella época coinciden en señalar tanto la firme decisión que animaba a Francisco, como la sabiduría que caracterizaba a Malik al-Kamil, sobrino de Saladino y sultán de Egipto (1218-1238) y de Siria (1237-1238), hombre culto, famoso por su sentido de la justicia y por su interés en participar en discusiones religiosas y científicas. Por las crónicas cristianas sabemos que no era un hombre belicoso: si hacemos caso a las palabras del cardenal Jacobo de Vitry, en su obra “Historia de Jerusalén”, “*su benevolencia hacia los cristianos cruzados era cada vez mayor*”.

Hay algunas fuentes cristianas que hablan incluso sobre lo que trataron en su encuentro, entre ellas la *Crónica de Ernouil* (1227-1229). Según este texto, Francisco habla con el sultán y le expone su fe en Cristo, presentando como motivo de su visita la salvación de al-Kamil y de su pueblo; se añaden además detalles interesantes: el de Asís, con el fin de poder demostrar la veracidad de la fe cristiana y la falsedad de la fe musulmana, solicita al sultán poder hablar con él delante de sus doctores. Los teólogos y consejeros del Sultán rechazan de plano la posibilidad de ese encuentro. La Crónica sigue narrando que el Sultán invita a Francisco e Iluminado a que se queden con él: ambos rehúsan la propuesta, y también los regalos de oro y plata que les ofrece el sultán: si no pueden ofrecer a Dios el alma de Al-Kamil y la de su pueblo, de nada valen todos los regalos. Lo único que desean es regresar al campamento cristiano.

La versión de Jacques de Vitry en su *Historia occidentalis*, concuerda con la de Ernouil, sobre todo en lo referente al valor con el que se dirigieron al campamento musulmán y al encuentro cordial con el sultán. El cardenal cuenta, de hecho, que “[Francisco] *salió hacia el campamento del sultán de Egipto sin miedo alguno, amparado en el escudo de la fe*”, mientras que este último “*fue convertido por la dulzura de la mirada de este hombre de Dios*”. Sin embargo, a diferencia de Ernouil, Jacques de Vitry dice que Francisco no sólo se confesó cristiano, sino que tuvo oportunidad de hablar durante varios días al sultán sobre su fe en Cristo, siendo escuchado con gusto por éste. Es un relato confirmado por san Buenaventura, quien, lo mismo que Ernouil, y sirviéndose de palabras de fray Iluminado, presenta al sultán tan impactado por Francisco que llegó a pedirle se quedase en su corte. También en esta versión, el Santo rechaza la oferta, manifestando su disponibilidad para quedarse sólo en el caso de que al-Kamil se convirtiese al cristianismo.

Es en este contexto en el que Francisco, con el fin de convencer al Sultán, le propone someterse a la ordalía del fuego: “*manda encender una gran hoguera, y yo entraré en ella junto con tus sacerdotes, para que así conozcas cuál de las dos creencias ha de ser tenida, sin duda, como más segura y santa*” (LM IX,8). Es una prueba que Francisco está dispuesto también a realizar él solo. Ahora bien, sabemos que el papa Inocencio III había prohibido este tipo de ordalías en el IV Concilio de Letrán (1215). Por esta razón y teniendo en cuenta el carácter de Francisco, obediente siempre a las disposiciones de la Iglesia, muchos estudiosos rechazan la veracidad de este ofrecimiento; en todo caso, el relato de san Buenaventura continúa diciendo que el Sultán no acepta la prueba, por temor, según fray Iluminado, a una revuelta popular. De nuevo Maik al-Kamil ofrece al santo regalos preciosos, que Francisco rechaza, con gran admiración por parte del sultán. Este le pide, entonces, que admita sus regalos para que los entregue después a los pobres y a las iglesias necesitadas, pero Iluminado narra que Francisco los rehúsa, sosteniendo su deseo de verse libre de cualquier apego al dinero (cf. LM IX,8).

Aunque el encuentro no se desarrolló tal como había previsto san Francisco: conversión del sultán a la fe cristiana u obtención para él mismo de la gracia del martirio, no terminará sin fruto y puede considerarse como positivo. Los dos interlocutores, no sólo poseían un conocimiento formal de las respectivas religiones, sino que poseían una experiencia personal de Dios, grabada en lo profundo del corazón; esto les permitió ver el uno en el otro no a un enemigo sino a un creyente y a un hermano, lo cual constituye una valiosa lección para todas las épocas: si bien es verdad que necesitamos buenos teólogos, capaces de explicar y dar razón doctrinal de nuestros esfuerzos en el diálogo interreligioso, no menos cierto es que, sin espiritualidad el diálogo queda estéril, reducido a un simple ejercicio intelectual. Es la espiritualidad —la vida en el espíritu— la que permite descubrir en el interlocutor a un hermano o a una hermana.

No sabemos hasta qué punto habrá influido su encuentro con san Francisco, pero lo cierto es que fue Malik al-Kamil quien llevó a cabo las negociaciones que permitieron en 1229 llegar a un acuerdo pacífico con Federico II: a cambio de una tregua de diez años, al-Kamil cedió al emperador Jerusalén, Belén, Nazaret y algunos pueblos en la ruta hacia Jerusalén; los musulmanes seguirían manteniendo, eso sí, el control sobre sus propios lugares santos.

En su diálogo con el sultán, Francisco de Asís, por encima de cualquier planteamiento ideológico o político, es testigo del amor; sabe bien que “amor y verdad” no son “lo mismo”, sino “el Mismo”. Y deja a Dios ser Dios en el alma de Malek Al- Kamil. El documento de estudio “*El encuentro con los*

musulmanes”, preparado por el “Comité Islam en Europa” dependiente del Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa (diciembre de 2003). Afirma a este respecto, en el n.2:

“Francisco de Asís (1181-1226) logró entrevistarse con el sultán de Egipto, asediado en Damietta. El sultán queda admirado por su fe, que expone sin polémica, y él mismo descubre en esos “enemigos” a hombres que rezan. A su regreso, impulsa a sus frailes a partir para instalarse pacíficamente entre los musulmanes, testimoniando con sus vidas su fe en Jesucristo hasta el día en que Dios, si así lo quiere, permita que allí nazca su Iglesia”.

La actitud de san Francisco va a ser para la Iglesia un referente precioso en la ulterior evangelización y misión “ad gentes”, que invita a no avasallar imponiendo la verdad sino a orar a Dios, pidiendo vivirla con alegría y confianza, sin ocultar la propia identidad cristiana y dando en todo momento razón de la propia esperanza a todo aquel que lo solicite (cf. 1Pe 3,15); para suscitar esta pregunta y solicitud es fundamental mantener claro y firme el respeto a la conciencia de los interlocutores, buscar un diálogo franco y expresar por medio de obras concretas el amor que brota, no de la buena voluntad del evangelizador, sino de Dios mismo, que se revela como amor (1Jn 4,8), manifestado de manera definitiva en la Encarnación del Verbo y en su entrega por amor hasta la muerte (cf. Jn 15,13).

San Francisco nos enseña con su actitud a sembrar abundantemente la Buena Noticia del Evangelio con la vida y la palabra, pero sin pretender recoger ninguna cosecha, sin querer cuantificar los resultados, bajo la seducción de una cultura en que la estadística y los números determinan el éxito y la “bondad” o no de un proyecto. Poner los ojos en los datos numéricos lleva a falsificar la relación interpersonal, estableciendo una inversión en la escala de valores, por la que los servidores del Evangelio —que es la condición propia de todo cristiano— se convierten en comerciantes ávidos de “beneficios”.

Con su modo de actuar, el “Poverello” nos llama a alegrarnos por las obras que Dios lleva a cabo, sea el crecimiento numérico de quienes sinceramente confiesan a Jesucristo como Hijo de Dios y Salvador, sea la santificación —que sólo corresponde a Él— de quienes le confiesan en el Islam y, con fidelidad a la propia conciencia, se esfuerzan por bendecir y alabar al “Dios único y misericordioso”. La fuerza del testimonio, que remite al poder de Dios y su bondad inagotable, es la clave. La siembra ha de seguir estos criterios; la cosecha será la que Dios determine, en el modo que Él disponga y en el tiempo que considere oportuno, sea visible en esta tierra o no.

El fruto de esta manera “sanfranciscana” de acercarse cristianamente al Islam, amando sinceramente a sus fieles sin buscar otra cosa que no sea lo que Dios quiera de ellos (cf. Carta de san Francisco a un ministro —CtaM 7—) es propiciar y favorecer que muchos musulmanes simpaticen y amen a los cristianos, no a pesar de serlo sino precisamente porque son cristianos. Es el amor el que abre los ojos del alma para percibir lo velado, el misterio en que consiste la religión, la relación de “Dios con nosotros”, verdad que los cristianos sabemos es personal —El “Emmanuel” es Jesús de Nazaret— y que los musulmanes, movidos por el Espíritu, viven del modo que Dios quiere en la sinceridad del propio corazón.

El encuentro entre san Francisco y el sultán Malik al-Kamil, está en la base del capítulo XVI de la Rnb, ofreciendo a los hermanos una manera nueva de desarrollar la misión evangelizadora. Es el modo de entender la misión que el papa san Pablo VI propondrá a toda la Iglesia en su encíclica *Evangelii nuntiandi* (1975), y constituye el eje sobre el que se vertebra la encíclica *Evangelii gaudium* del papa Francisco (2013).

En sintonía con lo que venimos diciendo, mi antecesor en la sede arzobispal de Tánger, el franciscano fr. Santiago Agrelo en unas palabras recogidas en el *Boletín Ayuda a la Iglesia Necesitada* (septiembre-octubre de 2012) 7, aludiendo a la escena del juicio final en el evangelio según san Mateo (cf. Mt 25, 31-46) afirma lo siguiente:

“No hemos sido enviados a las religiones, sino a los pobres de la tierra. Al final de mi vida, Jesús no me va a preguntar a cuántas personas he bautizado... sino a cuánta gente he dado de comer y he vestido (...), El anuncio del Evangelio se hace por lo que ven en nuestras vidas (...). Esta Iglesia [archidiócesis de Tánger] es una gran catequesis, pionera en recuperar vidas y donde el testimonio de vida se purifica (...). En su discurso de Casablanca, en 1985, Juan Pablo II pedía colaboración para construir el siglo XXI sobre la base de ‘nosotros los creyentes’. No podemos plantear un diálogo de ‘Jesús contra Mahoma’; pero sí desde lo que tenemos en común, que es la fe. Juan Pablo II no planteaba el diálogo interreligioso en el plano teológico sino en el plano místico. Sin embargo, siempre habremos de dar un paso más allá del diálogo: ser siervo de todos sin contrapartida de ningún tipo. La Iglesia está al servicio de todos”.

Con respecto al Islam es, pues, fundamental para los evangelizadores, presentar la fe cristiana en su verdad, pero sin adoctrinamiento ni imposiciones proselitistas, sumergiéndose con sencillez y autenticidad en la vida cotidiana de las personas en medio de las cuales se camina, buscando una relación personal

basada en el respeto, la confianza y la amistad. San Juan Pablo II confirmó explícitamente este modo de presencia eclesial mediante un breve documento en el que insiste fuertemente en un horizonte sustentado sobre confianza en el misterio fecundo de Dios. Nos referimos a una carta dirigida a monseñor Henri Teissier, arzobispo de Argel en 1994, momento en que Argelia estaba sumergida de lleno en una vorágine de violencia; en su misiva el Papa decía que esos medios vienen de Dios y que, quien recorre ese camino no lo habrá hecho en vano:

“(...) Permítame expresarle mi estima por su disponibilidad generosa y valiente, que se inscribe en el camino trazado por Nuestro señor Jesucristo, Buen Pastor, y por todos aquellos que en tierra africana no han dudado a través de los siglos e incluso ahora mismo junto a usted en entregar su vida por el pueblo confiado a su solicitud pastoral. Tal como lo he declarado públicamente en Roma el 26 de octubre, al finalizar mi encuentro semanal con los peregrinos, deseo repetirle mi profunda gratitud por el trabajo que usted lleva a cabo en Argelia en el surco de sus antecesores con la colaboración de sacerdotes, religiosos y religiosas y laicos misioneros de los institutos seculares, resueltos a proseguir su vida de testimonio de fe y de amor, a pesar de los riesgos que corren, con el fin de abrir a los hermanos y hermanas argelinos al misterio de la salvación y a los dones de Dios. Usted ha compartido la vida del medio norteafricano, con el mismo movimiento con que Cristo en su Encarnación se relacionó con los hombres de su tiempo. Usted ha ido hacia ellos, estimando sus valores y sus culturas, deseoso de ayudarles a construir, en el respeto al otro, una sociedad de miembros solidarios unos de otros. Tenga la seguridad de que lejos de haber trabajado en vano, las comunidades eclesiales de Argelia han contribuido a la llegada del Reino, de la manera escondida, pero fecunda, como lo fue la del gran hombre de Dios de vuestra región, el padre Charles de Foucauld. En esta hora de la gran prueba, yo quiero asegurarle que estoy más cerca que nunca de usted y de sus comunidades”.

Del mismo momento y en el mismo contexto de la carta de san Juan Pablo II es el testimonio de fr. Christian de Chergé, OCSO, prior de los monjes trapenses (cistercienses de la estricta observancia), que en 1996 sufrió el martirio junto a seis de sus hermanos del monasterio de Nuestra Señora del Atlas, en Tibhirine (Argelia), a manos de unos islamistas. El testamento espiritual que nos ha dejado y sus demás escritos sobre su manera de afrontar las relaciones entre cristianos y musulmanes, planteadas a un nivel sobrenatural y místico, son un faro de luz y un referente que nos ayudan a discernir sobre nuestras actitudes hacia el Islam. Transcribo a continuación la totalidad de su testamento que, dotado de una densidad extraordinaria, fue redactado en diciembre de 1994,

dos años antes de su muerte, en un momento en que los islamistas lanzaron un ultimátum, instando a todos los extranjeros a abandonar el suelo argelino. Christian de Chergé, con una pluma precisa y conmovedora, anuncia la elección irrevocable de una “*vida entregada a Dios y a este país*”:

“Cuando un A-Dios se vislumbra...

Si me sucediera un día —y ese día podría ser hoy— ser víctima del terrorismo que parece querer abarcar en este momento a todos los extranjeros que viven en Argelia, yo quisiera que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia, recuerden que mi vida estaba ENTREGADA a Dios y a este país. Que ellos acepten que el Único Maestro de toda vida no podría permanecer ajeno a esta partida brutal. Que recen por mí. ¿Cómo podría yo ser hallado digno de tal ofrenda? Que sepan asociar esta muerte a tantas otras tan violentas y abandonadas en la indiferencia del anonimato.

Mi vida no tiene más valor que otra vida. Tampoco tiene menos. En todo caso, no tiene la inocencia de la infancia. He vivido bastante como para saberme cómplice del mal que parece, desgraciadamente, prevalecer en el mundo, inclusive del que podría golpearme ciegamente. Desearía, llegado el momento, tener ese instante de lucidez que me permita pedir el perdón de Dios y el de mis hermanos los hombres, y perdonar, al mismo tiempo, de todo corazón, a quien me hubiera herido. Yo no podría desear una muerte semejante. Me parece importante proclamarlo. En efecto, no veo cómo podría alegrarme que este pueblo al que yo amo sea acusado, sin distinción, de mi asesinato. Sería pagar muy caro lo que se llamará, quizás, la «gracia del martirio» debérsela a un argelino, quienquiera que sea, sobre todo si él dice actuar en fidelidad a lo que él cree ser el Islam.

Conozco el desprecio con que se ha podido rodear a los argelinos tomados globalmente. Conozco también las caricaturas del Islam fomentadas por un cierto islamismo. Es demasiado fácil creerse con la conciencia tranquila identificando este camino religioso con los integristas de sus extremistas. Argelia y el Islam, para mí son otra cosa, es un cuerpo y un alma. Lo he proclamado bastante, creo, conociendo bien todo lo que de ellos he recibido, encontrando muy a menudo en ellos el hilo conductor del Evangelio que aprendí sobre las rodillas de mi madre, mi primerísima Iglesia, precisamente en Argelia y, ya desde entonces, en el respeto de los creyentes musulmanes. Mi muerte, evidentemente, parecerá dar la razón a los que me han tratado, a la ligera, de ingenuo o de idealista: «¡qué diga ahora lo que piensa de esto!» Pero estos tienen que saber

que por fin será liberada mi más punzante curiosidad. Entonces podré, si Dios así lo quiere, hundir mi mirada en la del Padre para contemplar con El a Sus hijos del Islam tal como El los ve, enteramente iluminados por la gloria de Cristo, frutos de Su Pasión, inundados por el Don del Espíritu, cuyo gozo secreto será siempre, el de establecer la comunión y restablecer la semejanza, jugando con las diferencias.

Por esta vida perdida, totalmente mía y totalmente de ellos, doy gracias a Dios que parece haberla querido enteramente para este GOZO, contra y a pesar de todo. En este GRACIAS en el que está todo dicho, de ahora en más, sobre mi vida, yo os incluyo, por supuesto, amigos de ayer y de hoy, y a vosotros, amigos de aquí, junto a mi madre y mi padre, mis hermanas y hermanos y los suyos, ¡el céntuplo concedido, como fue prometido! Y a ti también, amigo del último instante, que no habrás sabido lo que hacías. Sí, para ti también quiero este GRACIAS, y este «A-DIOS» en cuyo rostro te contemplo. Y que nos sea concedido reencontrarnos como ladrones felices en el paraíso, si así lo quiere Dios, Padre nuestro, tuyo y mío. ¡AMEN! IM JALLAH!”

Si bien es verdad que, en muchas ocasiones los acontecimientos del pasado se quedan encerrados en los libros de historia, ese no es nuestro caso: el encuentro entre Francisco de Asís y el sultán Malik al-Kamil sigue teniendo hoy una profunda actualidad. Durante su visita a los Emiratos Árabes Unidos (3-5 de febrero de 2019), el papa Francisco firmó junto a Ahmad al-Tayyeb, Gran Imán de Al-Azhar, el “Documento sobre la fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común”. El simple título del documento nos permite percibir cómo ha llegado hasta nosotros la herencia de la visión de san Francisco. Por otra parte, a la vuelta de su viaje, el papa Francisco puso de manifiesto que fue el ejemplo de aquel encuentro sucedido hace más de ochocientos años el que había guiado sus pasos:

“Por primera vez, un Papa ha ido a la península arábiga. Y la Providencia ha querido que haya sido un Papa llamado Francisco, 800 años después de la visita de San Francisco de Asís al sultán Malik al-Kamil. He pensado a menudo en San Francisco durante este viaje: me ayudaba a llevar el Evangelio en el corazón, el amor de Jesucristo, mientras vivía los diversos momentos de la visita; en mi corazón estaba el Evangelio de Cristo, la oración al Padre por todos sus hijos, especialmente por los más pobres, por las víctimas de injusticias, de las guerras, de la miseria... La oración para que el diálogo entre el cristianismo y el islam sea un factor decisivo para la paz en el mundo de hoy” (Audiencia general, 6 de febrero de 2019).

El espíritu que se desprende del encuentro en Damietta entre Francisco de Asís y Malik al-Kamil, sigue inspirando hoy un camino que se abre a horizontes de concordia y a caminos de paz. Durante mucho tiempo, sin embargo, el diálogo entre ellos fue considerado en ciertos ambientes como un fracaso. Para muchos era mejor silenciar el episodio de Damietta, considerado poco glorioso e infructuoso, al no presentar resultados inmediatos palpables y cuantificables; pero no es así.

Con su visión de la evangelización y su manera de actuar, Francisco de Asís se coloca en una óptica que huye de la confrontación, sin caer por ello en un falso irenismo en el que se malbaratan las propias creencias en aras de un entendimiento superficial y contemporalizador. En Damietta, el Evangelio se encontró con el Corán y el Corán con el Evangelio. Francisco no tuvo miedo de Mahoma y el Sultán no tuvo miedo de Cristo. Francisco de Asís no razonaba con los criterios teológicos de la cristiandad de su época, y en su viaje evangelizador que le llevó a conocer de cerca a los musulmanes, se ha situado más allá de las fronteras de la Iglesia-institución, situándose dentro de la sensibilidad religiosa de su interlocutor, convirtiéndose para toda la Iglesia y, de manera muy particular para los Hermanos Menores, en paradigma de la misión evangelizadora.

Hago más, a este respecto, unas palabras de fr. Manuel Corullón, OFM en su obra ya citada, Francisco de Asís y el sultán (pp. 126-129):

“Desde los momentos de aquella primera misión de Francisco, los Hermanos Menores centrarán el diálogo interreligioso y concretamente el diálogo con el Islam dentro del amplio cuadro de la misión evangelizadora de la Iglesia, que ha sido y sigue siendo parte de nuestro carisma... Estamos agradecidos a aquellos hermanos que, desde el ejemplo de Francisco en su encuentro con el Sultán, hicieron de la simple presencia, del encuentro y del testimonio silencioso, la primera forma de evangelización, poniendo, de esta manera, las bases para la misión ad gentes... Por otra parte, en unos tiempos movedizos como los que vivimos, la misión está constantemente por descubrir. La misión hoy no puede ser repetitiva, sino audaz y creativa. Cada día somos llamados a encontrar la forma y la modalidad de ejercerla, cada día hemos de estar dispuestos a iniciar caminos inéditos de presencia y de testimonio”.

Es a lo que el papa san Juan Pablo II anima a los hermanos menores en su *Discurso al congreso organizado por la Comisión Internacional OFM sobre las relaciones con los musulmanes*, el 26 de agosto de 1995:

“En el perseguir hoy el diálogo interreligioso, en particular con los seguidores del Islam, vosotros sois fieles a uno de los carismas de vuestra Orden... vosotros tenéis una experiencia directa de los efectos del fundamentalismo musulmán que se ha expresado particularmente en estos pocos últimos años... El análisis de nuestra situaciones políticas, sociales y económicas muestra que este fenómeno no es sólo religioso, sino que en muchos casos la religión es utilizada para fines políticos o para contrapesar dificultades sociales o económicas... Es de suma importancia volverse con fe y amor a las personas que muestran estas actitudes y que a menudo sufren por ello. Vuestra presencia y vuestro testimonio de Cristo, en los países musulmanes son preciosos para la Iglesia”.

En otro orden de cosas, y como “fruto” de aquel acontecimiento, no falta quien descubre huellas del encuentro entre el Poverello y el sultán en las Alabanzas al Dios Altísimo (AID), compuestas por el Santo en La Verna en 1224, casi al final de su vida acaecida en 1226. En ellas se van enumerando una serie de atributos de Dios; estamos ante una oración en la que se puede percibir un eco de la oración islámica de los “99 nombres más bellos de Allah” (*al-asma’ al-husna*), el elenco de los atributos divinos que los musulmanes encuentran en El Corán y que repiten con devoción sirviéndose del *Tasbih* (rosario musulmán). Muchos de los atributos que encontramos en las Alabanzas de san Francisco están también presentes en la plegaria musulmana. Sea que se trate de una “casualidad”, sea que Francisco se haya inspirado en la oración escuchada durante el tiempo pasado en Egipto, lo cierto es que tenemos un texto de alabanza que aproxima espiritualmente a las comunidades de creyentes cristianos y musulmanes.

Concluyo este breve artículo transcribiendo los diez Principios básicos para el encuentro y el diálogo de los cristianos con los creyentes de otras religiones que, a partir del encuentro entre san Francisco y el sultán Malik al-Kamil, presenta el franciscanista capuchino fr. Leonhard Lehmann en su artículo “*Francisco, el santo del encuentro*”, en la revista *Selecciones de Franciscanismo* 62 (1992) 242:

1. **Tomar la iniciativa.** Francisco no espera que el sultán vaya a su encuentro. Es él quien va al encuentro del sultán. Se sabe enviado.
2. **Ser uno mismo.** El diálogo es un encuentro entre dos personas. Francisco va al encuentro del sultán en calidad de cristiano. A los hermanos que van a misiones les exige que «*se sometan*» a los demás, pero también les exige que «*se confiesen cristianos*».
3. **Confiar en el otro.** A pesar de todas las advertencias en contra, Francisco atraviesa la línea de la muerte. Confía en Dios y, por tanto, confía en que

los hombres tendrán una actitud abierta si uno se comporta con ellos con esa misma actitud de apertura.

4. **Arriesgarse.** Francisco se arriesga en cuerpo y alma enfrentándose al peligro de la muerte. No tiene nada que perder. Por eso gana: la amistad del sultán y un regreso con garantías de seguridad. Quien se entrega, se arriesga.
5. **Renunciar a las armas y a la autodefensa.** En la renuncia a la violencia y en la actitud pacífica está la alternativa a la cruzada. El diálogo no puede triunfar bajo la presión militar o psicológica.
6. **Compartir la vida de los hombres.** No querer estar por encima de ellos, sino vivir entre ellos y con ellos, compartiendo sus mismas condiciones de vida.
7. **Someterse a los demás.** Los hermanos no deben querer estar al mismo nivel que los demás, sino buscar siempre, en la medida de lo posible, una situación inferior.
8. **Predicar más con la vida que con las palabras.** Lo que más le impresionó al sultán no fue la palabra arrebatadora de Francisco (que tal vez ni siquiera entendía), sino su actitud resuelta, libre en relación con las cosas terrenas y pobre. En el encuentro entre religiones, en el que con frecuencia las palabras hieren más que apaciguan, lo principal es el ejemplo de la propia vida, la hospitalidad y acogida, el amor desinteresado.
9. **Comprender más que querer ser comprendido.** Con su disposición a escuchar, Francisco aprendió también de los musulmanes. Quiso introducir en Occidente su costumbre de postrarse a orar, a la llamada del muecín, pero no encontró ningún eco. El auténtico diálogo no es unilateral, conduce a la conversión recíproca y al mutuo enriquecimiento espiritual.
10. **Beber en las fuentes más profundas.** Francisco fue hasta el sultán movido «*por divina inspiración*», y el sultán le pidió: «*Ruega por mí, para que Dios se digne revelarme la ley y la fe que más le agrada*». La relación con Dios preserva del auto ensalzamiento y del endurecimiento. Quien desea el diálogo, lo busca siempre y en primer lugar con Dios, por eso será siempre un orante.